

## *El nombre propio del pícaro como indicio sintagmático de la narración\**

Alicia REDONDO GOICOECHEA

Roland Barthes define al personaje-persona como «un 'ser' plenamente constituido... que ha dejado de estar subordinado a la acción y ha encarnado de golpe una esencia psicológica..., lo que les sucede ilustra sus personalidades, pero no los constituye»<sup>1</sup>.

Los pícaros son claro ejemplo de esta categoría de personaje, al ser protagonistas de una narración, que no es, sino la proyección de sus personalidades, las cuales no se ven alteradas, excepto en el Lazarillo, por las acciones que desarrollan. La presentación de este tipo de personaje se hace con rasgos determinantes de sus características familiares y personales de las que el nombre propio suele ser, en mi opinión, resumen o símbolo significativo.

Lo que me propongo es mostrar el nombre propio de tres pícaros como emblema simbólico de las características de los mismos y, por ello, explicación del relato que los envuelve, es decir, indicio sintagmático o eje significativo de la narración<sup>2</sup>.

Me voy a referir a los nombres de los protagonistas de los tres relatos picarescos españoles más importantes, o al menos más valorados por la crítica actual: *La vida del Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades* (Burgos, Amberes y Alcalá: 1554); *Primera parte de Guzmán de Alfarache* por Mateo Alemán (Madrid: 1599) e *Historia de la vida del Buscón*

---

\* Leído en el «IV<sup>o</sup> colloque international du S.E.L.». *Le personnage en question*, Toulouse, 1-3 diciembre 1983.

<sup>1</sup> «Introducción al análisis estructural de los relatos» en *Análisis estructural del relato* (Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1970), p. 28 y nota 42.

<sup>2</sup> Tomado de la definición, para indicio, de R. BARTHES, p. 19 y, para sintagmático de T. TODOROV: *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1974), pp. 263 y 264.

llamado don Pablos, e exemplo de vagamundos y espejo de tacaños (Zaragoza: 1626).

A lo largo de la primera narración picaresca se nombra al protagonista en cuarenta y una ocasiones y con nueve variantes nominales. En orden decreciente, aparece denominado como *Lázaro* en veinte ocasiones, *Lázaro de Tormes* en tres, *Lazarillo de Tormes* y *Lazarillo* en una ocasión. Las otras veces se le denomina con los nombres genéricos de: *mozo* en nueve ocasiones, *mochacho* en tres, *sobrino* en dos, *hijo* en una y *pecador* en una. Se le define también como *bellaco* y *gallofero*. En cuanto a su lugar y forma de presentación en el texto, aparecen destacados los nombres de *Lazarillo de Tormes*, en el título de la obra, y el de *Lázaro de Tormes*, en su rotunda autopresentación inicial: «Pues sepa vuestra Merced ante todas cosas que a mí llaman Lázaro de Tormes»<sup>3</sup>.

Por otro lado, aparece destacado *Lazarillo* en paronomasia con *lacerado* en el tratado primero. En cuanto a *Lázaro* es, indefectiblemente, epígrafe obligado de los siete tratados. *Lázaro* es un nombre cristiano que simboliza el pobre por antonomasia y que aparece en textos como la parábola del rico Epulón<sup>4</sup>. Pero también simboliza el resucitado, el nacido dos veces en relatos como la resurrección de Lázaro<sup>5</sup>. Ambas simbologías cristianas del nombre, aparecen destacadas intencionadamente por el autor a lo largo del texto en múltiples pasajes. Recordemos alguno:

Con el mismo epíteto evangélico de «el pobre Lázaro» lo califica el narrador en el tratado primero (p. 101); por otro lado, el juego *Lazarillo-lacerado*, ya mencionado, hace referencia directa a las «úlceras del lacerado Lázaro» de la parábola. En cuanto a la referencia en el texto al resucitado, al nacido dos veces, no hay sino recordar la del tratado primero:

Y fue así, que, después de Dios, éste me dio la vida, y siendo ciego me alumbró y adestró en la carrera de vivir (p. 97).

para comprender que la resurrección o el doble nacimiento es el eje de la narración<sup>6</sup>.

En cuanto al diminutivo *Lazarillo*, añade al nombre un matiz efectivo que sella un pacto de valoración positiva entre narrador y lector con respecto al protagonista y, que, por otro lado, adecúa el nombre al personaje de pocos años que protagoniza las primeras páginas del relato. No parece nombre rastreable en el folklore anterior a nuestro libro, según se-

<sup>3</sup> Ed. Alberto Blecua (Madrid: Castalia, 1972), p. 91.

<sup>4</sup> Lc. 16, 19-31.

<sup>5</sup> Jn. 11, 1-14; 12, 1-17.

<sup>6</sup> Puede considerarse un tercer nacimiento o resurrección aunque menos significativa, su despertar tras la paliza del clérigo que le «sepulta» por tres días «en el vientre de la ballena» como Jonás y Jesús, p. 127.

ñala M.<sup>a</sup> Rosa Lida<sup>7</sup>, pero eso no indica que no haya existido en cuentecillos y relatos orales, aunque no podamos precisar el tipo de personaje al que se aplicaba.

Su apellido *de Tormes*, puede ser interpretado como un patronímico histórico, cercano a narrador y lectores propio de «héroe bajo» y parodia de los altisonantes y lejanos epítetos y apellidos de los héroes caballerescos: De Gaula, De Grecia y esa es, en parte, la lectura de M.<sup>a</sup> Rosa Lida<sup>8</sup>. Pero Tormes, que incluso fonéticamente se desliza en sus implosivas -r-s, es nombre de un río directamente relacionado con el nacimiento del protagonista:

Mi nacimiento fue dentro del río Tormes por la cual causa tomé el sobrenombre... (p. 91).

dato del que se quiere resaltar —precisamente— el hecho de ser río más que su nombre: «con verdad me puedo decir nascido en el río» (p. 92); y esto sugiere varias lecturas simbólicas. Para unos críticos se considera rasgo folklórico hondamente relacionado con las creencias cristianas y han visto a Lázaro como símbolo de Adán<sup>9</sup>. Por otro lado, pienso que es casi obvia su relación con Moisés «nacido de las aguas», como Lázaro, pero, con mejor suerte, recogido por la hija del Faraón. Si recordamos que la pescozada del ciego origina el choque de la cabeza de Lázaro sobre la piedra dura de un puente, se hace obvia la antítesis de ambos nacimientos. El nacimiento natural en el agua, a la vida:

Au sens symbolique du terme, pénétrer dans un fleuve, c'est pour l'âme entrer dans un corps... le fleuve symbolise l'existence humaine...<sup>10</sup>.

(recordemos el bautismo como agua que da una nueva vida) y el segundo nacimiento en la piedra (con dolor y sangre) a una segunda vida, la de la supervivencia de los desheredados, ¿la muerte del espíritu?...

Por otro lado, Lázaro, nace de noche y esto nos abre a nuevas interpretaciones simbólicas. La noche es un símbolo, como todos, ambivalente pues puede interpretarse en sentido de la fertilidad de la tierra y lo fe-

<sup>7</sup> «Función del cuento popular en el Lazarillo de Tormes» en *El cuento popular y otros ensayos* (Buenos Aires: Losada, 1976), p. 110. En cambio aparece citado en *La lozana andaluza*, de FRANCISCO DELICADO (Madrid: Castalia, 1974), p. 151.

<sup>8</sup> M.<sup>a</sup> ROSA LIDA, p. 111. Que apoya también su sentido paródico caballeresco. F. MALDONADO DE GUEVARA: *Interpretación del Lazarillo de Tormes* (Madrid: Fac. de Filosofía y Letras, 1957) y F. LÁZARO CARRETER: *El Lazarillo de Tormes en la picaresca* (Barcelona: Ariel, 1972), p. 103.

<sup>9</sup> PERRY T. ANTHONY: «Biblical Symbolism in the Lazarillo de Tormes». *Sp.*, LXVII (1970), 139-46.

<sup>10</sup> J. CHEVALIER y A. GHEERBRANT: *Dictionnaire des symboles* (París: Seghers, 1973<sup>2</sup>), vol. 2, pp. 332-33.

menino así como en el sentido de abandono y olvido. Pero el agua nocturna es habitualmente un agua sombría que anuncia un viaje sin retorno; nacer en el río de noche es, en nuestro texto, nacer en el abandono y en la movilidad extrema del tiempo que fluye. Y este olvido y movilidad de las aguas nocturnas va a ser su segunda seña de identidad, pues el río se convierte en su padre al tomar de él su apellido. Hijo, pues, de una mujer y un río, el personaje muestra un desarraigo familiar que agranda su significación simbólica.

Tras estas reflexiones pienso que el nombre «Lazarillo de Tormes» se puede leer simbólicamente como el del miserable nacido en el arroyo (eso es para Lázaro el río de la vida) que deberá, para sobrevivir, volver a nacer en la piedra y a pleno día, es decir, a la muerte, a la hipocresía, a la oscuridad de manos de un ciego. Inversión máxima que explica la doble respuesta en su viaje «al buen puerto» anticipado en el prólogo. Para el niño nacido en el agua su final es una corrupción; en cambio para el adulto nacido en la piedra su final es un éxito pues consigue vencer el hambre. Inversión que es, en suma, indicio sintagmático de toda la narración.

En lo que respecta a Guzmán de Alfarache, el cap. II de la Primera parte de la obra da toda clase de datos sobre su nombre y origen: concebido en pecado y con gran placer (pp. 126-128-129)<sup>11</sup>. Decide hacer suyo el apellido de la madre e ignorar a sus dos padres (p. 135); y añade:

El mejor medio que hallé fue probar la mano para salir de la miseria, dejando mi *madre* y *tierra*. Hícelo así; y para no ser conocido no me quise valer del apellido de mi padre; púsemme el Guzmán de mi madre, y Alfarache de la heredad adonde tuve mi principio (p. 142).

De nuevo un desarraigo familiar y un patronímico simbólico que ahora ya no es un río sino un huerto, Alfarache, símbolo del paraíso terrenal perdido, y máscara tras de la que se oculta el personaje. Con estos y los otros datos del texto, Angel San Miguel ha hecho la siguiente lectura del nombre del pícaro: Guzmán por su etimología germana originaria, conocida en su época, significaría buen hombre, así como el patronímico de una de las familias castellanas más ilustres; y Alfarache sería el paraíso perdido por un pecado original del tipo sexual. El nombre sería pues expresión del dualismo moral que caracteriza al protagonista... El pícaro encierra en sí, ya desde su nacimiento, una potencia hacia el bien, simbolizada en el nombre de Guzmán, y otra hacia el mal, simbolizada en el apellido de *Alfarache*<sup>12</sup>.

Esta lectura de A. San Miguel muestra cómo la dualidad nominal del protagonista del *Lazarillo de Tormes*, que se podía traducir en individuo

<sup>11</sup> Cito por la ed. de Benito Brancaforte (Madrid: Cátedra, 1979).

<sup>12</sup> *Sentido y estructura del «Guzmán de Alfarache» de Mateo Alemán* (Madrid: Gredos, 1971), pp. 43-59; vid. especialmente, pp. 52 y 58.

pobre-sociedad estamental, se ha trasladado «cristianamente» al interior del protagonista que se debate, también nominalmente, en una lucha interna entre el yo bueno de herencia materna (y con una gran carga edípica, que no ha visto A. San Miguel) y el yo malo, el pecado de su concepción; dualidad que, según Mateo Alemán, todo hombre lleva consigo.

*Guzmán de Alfarache* tan diferente, en casi todo, al *Lazarillo de Tormes* es el que se alza como modelo de la picaresca y bastantes pícaros posteriores van a incluir esta dualidad bueno-malo en sus nombres propios como: el donado hablador, D. Gregorio Guadaña, la niña de los embustes o la pícara Justina en este caso, y por primera vez, con inversión malo-bueno<sup>13</sup>.

El caso de la obra de Quevedo es, siempre, un poco especial. En *la vida del Buscón* se nombra al protagonista en noventa y seis ocasiones y con treinta y dos variantes nominales y de tratamiento. De éstas, quince son apodos y calificativos: *Buscón, D. Navaja, D. Ventosa, Zape, Miz, hijo de una puta y hechicera, ¡nuevo!, este Lázaro, piojoso, pícaro, desarropado, cobarde, vil, el cruel y bellaco monjil*. Diez son tratamientos: *Vuestra Merced, don, Sr. Licenciado, Señor, vos, vuacé, hermano, sobrino, hijo y mancebito*. Cuatro son falsos nombres propios que se autoatribuye: *D. Álvaro de Córdoba, D. Ramiro de Guzmán, D. Felipe Tristán y Alonso* y sólo uno su nombre propio en las variantes de *Pablos, Pablicos y don Pablos*, nombre que aparece destacado en el título antecedido del epíteto *Buscón*.

Sin embargo, en la autopresentación del personaje se aleja mucho de la fórmula inicial «pues sepa Vuestra Merced ante todas cosas que a mí llaman Lázaro de Tormes», que sustituye por un rotundo «yo, señor, soy de Segovia»<sup>14</sup>; tras de lo cual exhibe los apellidos conversos de sus padres pero no se atribuye ninguno y así se muestra en toda la obra carente de nombre familiar, sólo se llama Pablos, lo que supone un doble desarraigo familiar del personaje, que esta vez intencionadamente no se suple con un padre simbólico (un río o un huerto); es simplemente hijo de padre desconocido.

En el título de la obra desde la 1.ª edición, a su desnudo nombre de pila se le antepone un apodo generalizador: *Buscón* —un tratamiento falseado: *llamado don* y una fórmula didáctica *ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños*.

Los individuos, Lázaro y Guzmán, han dejado paso a la categoría: *Buscón*, que aparece definido como el que hurta rateramente y con engaños<sup>15</sup> y la dualidad bueno-malo en el nombre propio ha dejado paso a la esen-

<sup>13</sup> La importancia de la disemia en esta obra es destacada por ANTONIO REY en su edición de *La pícara Justina* (Madrid: Editora Nacional, 1977). Véase la introducción, vol. I, pp. 38 y 55.

<sup>14</sup> Cito por la edición de ANTONIO REY (Madrid: SGEL, 1982), p. 107.

<sup>15</sup> *Diccionario de Autoridades*, vol. I, p. 722. No aparece en diccionarios anteriores como el de Covarrubias.

cia de maldad seguida de la disimulación: *llamado don Pablos* que alude tanto al tratamiento aristocrático inmerecido, *don*, como al nombre: *Pablos* que supone el patronazgo del gran Apóstol.

Quizás Quevedo recuerda la etimología de *paulus*: pequeño, poca cosa, que añadiría una dosis de ironía al nombre que podría traducirse como «el ladrón llamado don poco o don algo», él que es justamente hijo de nadie y no hijo de algo, es decir, hidalgo.

La fórmula *ejemplo de vagamundos*, que acompaña a las primeras ediciones, insiste en la significación de los sin patria, los sin nombre, así como *espejo de tacaños* incide en el defecto menos aristocrático de todos, pues la liberalidad era la seña de identidad de los nobles del Siglo de Oro.

Esta lectura del nombre se ve confirmada al analizar los falsos nombres que el personaje se aplica a sí mismo: *D. Álvaro de Córdoba*, *D. Ramiro de Guzmán* o *D. Felipe Tristán* que van acompañados, siempre, de los más denigrantes apelativos que le dan otros personajes, *piojoso*, *pícaro*, *desarropado*, *cobarde*, etc., y que hace más patente la diferencia impidiendo al lector que se confunda. Los altisonantes apellidos que se atribuye, *Córdoba*, *Guzmán*, *Tristán* contrastan con la carencia absoluta de apellido propio y marcan unas significativas diferencias fónicas.

Fonéticamente el proceso iniciado con *Lázaro/Lazarillo* (á-a-o/a-a-í-o) que continúa *Guzmán* (u-á) se ha cerrado con *Buscón* (u-ó) que elimina las vocales abiertas, tan potenciadas en el primer nombre y aún presentes en el segundo, cerrándolas bruscamente en ese nombre acusador y sonoro de *Buscón*. Apodo que ha desplazado, en el título, el verdadero nombre, *Pablos*, que ni siquiera aparece en la mayoría de las ediciones de la obra, que pasa a llamarse *La vida del Buscón*, *Historia de la vida del Buscón*, con lo que se consuma la sustitución del nombre propio por el apodo, hasta el punto de escribir éste con mayúscula.

El breve análisis aquí presentado, de los nombres *Lazarillo de Tormes*, *Guzmán de Alfarache* y *Buscón llamado don Pablos*, pienso que pone de manifiesto la importancia de los mismos, pues encierran sintagmáticamente los relatos de los que son protagonistas.

El proceso de intertextualidad que manifiesta la comparación entre los tres, no hace sino desvelar cosmovisiones diferentes, protagonizadas por tres personajes-persona diferentes, pero que cumplen a la perfección, hasta en su nombre propio, el papel estelar del relato.

Universidad Complutense de Madrid.